

## LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans es trasladado de Marsella á Paris y conducido á la Conserjería.— Su proceso. Su sentencia.—Su ejecucion.—Juicio de la historia sobre este príncipe.

### I

La Convencion, despues de haber castigado la sospecha de traicion en la persona de Custine, el realismo en la reina, el federalismo en la Gironda, quiso extinguir, hiriendo otra cabeza, la eventualidad de una dinastía futura, y rodear la república de los cadáveres de todos sus enemigos pasados, presentes y venideros. Pensó en el duque de Orleans, tanto tiempo su cómplice y ahora su víctima.

Hemos dejado á este príncipe encerrado con dos de sus hijos en el fuerte de San Juan, en Marsella, y sufriendo en los calabozos de esta prision de Estado todas las angustias de la cautividad. Interrogado por primera vez el 7 de Mayo por el presidente del tribunal revolucionario de las Bocas del Ródano sobre sus relaciones con Mirabeau, con Lafayette y con Dumouriez, y sobre sus tramas para restablecer y apropiarse el trono, el duque de Orleans confundió á sus acusadores. Respondió como republicano convencido que sacrificaba su ambicion á sus opiniones, su rango á su deber, y su sangre á su patria. Citó sus actos y demostró sus compromisos. Estos eran tan evidentes como siniestros. El interrogatorio fué publicado, pero alterado, dando lugar á los periódicos de Paris para una controversia peligrosa, que al mismo tiempo que justificaba al príncipe, le señalaba más á la atencion de los jacobinos. Los girondinos, sus enemigos, le arrastraron en su muerte.

Hacia algunas semanas que el rigor de la cárcel se habia mitigado respecto á él. Se le permitia ver á sus hijos los duques de Montpensier y de Beaujolais, y comer con ellos. Estos jóvenes príncipes, casi niños, inocentes por su edad y culpables por su apellido, estaban encerrados con su padre, pero en distinto paraje. Le dejaban recibir los papeles públicos y alguna correspondencia del exterior. La esperanza habia renacido en el alma del príncipe. Viendo perecer primero á Marat, y despues á Buzot, Barbaroux y Petion, sus acusadores más encarnizados, habia creido que la Montaña, más justa, le llamaria bien pronto á su seno. Montañas irreprochable, tanto en sus actos como en su corazon, no podia pensar que los republicanos sinceros quisiesen sacrificar en él el primero y más desinteresado de los republicanos. El exceso de ingratitud del pueblo es siempre la asechanza, y causa admiracion á los hombres populares. Piensan en sus servicios, y sus ser-

vicios se convierten en delitos con las vicisitudes de los acontecimientos y con la inconstancia natural de la opinion.

### II

El 15 de Octubre, los periódicos de Paris anunciaron en Marsella que la Convencion acababa de decretar el próximo juicio del duque de Orleans. Este príncipe estaba en la mesa con sus hijos. «Tanto mejor,—les dijo;—es necesario ya que esto se acabe pronto para mí de una manera ó de otra. Abrazadme, hijos míos. Este es un buen día. ¿Y de qué—prosiguió—me pueden acusar?» Abrió el periódico y leyó el decreto de acusacion. «Este decreto no está motivado en nada,—repuso;—ha sido solicitado por grandes



malvados; pero no importa, por más que hagan, yo les desafio á que encuentren nada contra mí. Vamos, hijos míos,—continuó mirando las caras inquietas y afligidas de sus hijos,—no os aflijais por una cosa que considero como una buena noticia, y pongámonos á jugar.»

A los dos dias, algunos comisionados llegaron de Paris. Estos halagaron al príncipe, considerando su próximo juicio como una justificacion y una libertad cierta. La seguridad y la alegría brillaban en los rostros del padre y de los hijos. Pero el 23 de Octubre, á las cinco de la mañana, el príncipe, en traje de camino y acompañado de los comisionados y de gendarmes, entró en la habitacion del duque de Montpensier, el mayor de sus hijos, y abrazándole con la ternura de

Cena funeraria de los girondinos.—Pág. 158.

padre, el último y el más indeleble de los instintos, le dijo humedeciendo la cara de su hijo con sus lágrimas: «Vengo á decirte adios, porque voy á partir». El jóven no respondió sino con sollozos. «Yo queria—añadió el padre—marchar sin despedirme de tí, porque siempre es un momento doloroso; pero no he podido resistir al deseo de verte ántes de mi viaje. Adios, hijo mio; consuélate y consuela á tu hermano, y acordaos los dos de la felicidad que experimentaremos volviéndonos á ver bien pronto.» Con estas palabras se separó de los brazos de su hijo. Los dos hermanos pasaron el día consolándose y animándose contra el dolor de una separacion que les dejaba huérfanos en las manos de sus crueles carceleros. Adoraban en el duque de Orleans al padre tierno y bueno, y no juzgaban al príncipe ni sondeaban al hombre. La naturaleza, por otra parte, no les mandaba juzgar, sino querer y compadecer á su padre.

## III

Entre tanto el príncipe, seguido de un solo ayuda de cámara de confianza llamado Gamache, y acompañado por los comisionados de la Convencion, tomaba el camino de Paris, escoltado por un fuerte destacamento de gendarmería. Hacía el viaje con lentitud, parando al fin de cada día en las fondas de los pueblos principales. En Auxerre bajó del coche para comer; durante la comida, uno de los comisionados escribió un billete al comité de seguridad general, para anunciar al gobierno la hora en que llegaría el príncipe á Paris, y para preguntar á qué cárcel se conduciría al preso.

En la barrera de Paris, un hombre apostado hizo detener los caballos, subió al coche, é indicó á los postillones que se dirigiesen á la Conserjería. El príncipe se apeó en el patio del palacio de justicia, que estaba lleno de curiosos atraídos por la novedad de su llegada. Se le destinó una habitacion inmediata á la en que María Antonieta habia pasado sus últimas horas de agonía, dejándole á su fiel servidor. Cuando los comisionados se retiraron, dijo el duque á Gamache: «Y bien, habeis querido encerraros conmigo en este calabozo. Yo os lo agradezco, Gamache, y espero que no siempre estaremos presos». Quiso escribir á sus hijos, pero temió que sus cartas fuesen abiertas é interceptadas. Los nombres de sus hijos y de su hija estaban siempre en sus labios.

Voidel, su defensor, comunicaba libremente con él, mediaba con los miembros del comité de seguridad general, y volvía muchas veces á dar al acusado la seguridad de su libertad.

Durante los cuatro días que precedieron á su juicio, el príncipe vivía de ilusiones ó de indiferencia sobre su suerte, como un hombre á quien la vida es pesada y para quien la muerte es un descanso. El 6 de Noviembre compareció ante el tribunal. La acusacion fué tan vaga y tan quimérica como la de los girondinos. Las respuestas breves y precisas del acusado no dejaban ningun pretexto plausible para sentenciarle. Su vida entera respondía mejor aún que sus palabras. Había sacrificado á la república hasta sus remordimientos. Interrogado por Hermann si habia votado la muerte del tirano con la ambiciosa premeditacion de sucederle, dijo: «La he votado en mi alma y en mi conciencia». Oyó su sentencia como si hubiera oído la de otro cualquiera, y sólo dijo con un tono de ligera ironía á sus

jueces: «Ya que estábais decididos á matarme, deberíais al ménos buscar pretextos más especiosos para mi sentencia, porque no persuadiréis jamás á nadie de que me hayais creído culpable de las traiciones de que acabais de declararme convicto». En seguida, mirando fijamente al antiguo marqués de Antonelle, confidente que habia sido ántes de sus actos revolucionarios, y entónces presidente del jurado que le condenaba á muerte, le dijo como reconviniéndole: «¡Y vos, sobre todo, vos que me conoceis tan bien!» Antonelle bajó los ojos. «Por lo demas,—repuso el príncipe con un acento de animosa impaciencia,—puesto que mi suerte está decidida, os pido que no me hagais padecer aquí hasta mañana (señalando con la mano la puerta de la Conserjería), y que mandeis que sea conducido á la muerte en el acto.» Y tomó con paso firme el camino del calabozo.

## IV

Dos sacerdotes, los abates Lambert y Lothringer, los mismos que habian asistido á los girondinos durante su última noche, esperaban cerca de la lumbré, en el calabozo grande, hablando con el llavero y con los gendarmes, la hora en que bajasen los acusados del tribunal. Vieron entrar al duque de Orleans, no con aquella impasibilidad exterior que todo hombre de valor adquiere delante de las miradas de sus enemigos, sino con el desórden de un hombre indignado por las injusticias de los hombres, y que se desahoga al abrigo de los calabozos, delante de sí mismo y delante de Dios. Su paso era rápido, sus maneras rígidas y violentas, y su cara estaba inflamada por la ira. Algunas exclamaciones involuntarias y sin concluir salían de su boca; levantaba los ojos al cielo, y paseándose á grandes pasos por el calabozo, exclamaba, deteniéndose algunas veces como delante de una idea súbita ó como delante de una aparicion: «¡Malvados, malvados! Yo se lo he dado todo, rango, fortuna, ambicion, honor, la fama de mi raza en el porvenir, la repugnancia misma de la naturaleza y de la conciencia para condenar á sus enemigos... ¡Y ésta es la recompensa que me guardaban!... ¡Ah! Si yo hubiera obrado como ellos dicen, por ambicion, ¡cuán desgraciado sería ahora! Mi ambicion era más elevada que la de un trono: era la ambicion de la libertad de mi país y de la felicidad de mis semejantes. Y bien, ¡viva la república! Este grito saldrá de mi calabozo, como ha salido de mi palacio.» En seguida, enterneciéndose por la suerte de sus hijos, presos ó proscritos, los llamaba como si hubiera estado solo, y hablaba en voz alta, golpeando el suelo con el pié, y con las manos las paredes del calabozo.

## V

Los gendarmes y los carceleros que estaban separados á un lado, inmóviles y silenciosos, dejaban desahogar sin interrumpirla esta explosion del alma del sentenciado. Cuando se calmó este acceso, el duque de Orleans se acercó á la chimenea. El sacerdote alemán Lothringer, torpe é importuno como el contrasentido, se aproximó al príncipe y le dijo sin más preparacion: «Vamos, señor, ya es demasiado gemir; es necesario que os confeseis». «¡Dejadme descansar, imbécil!»—respondió con un juramento enérgico y un ademán de impaciencia el duque de

Orleans. «¿Queréis, pues, morir como habeis vivido?»—repuso el obstinado clérigo. «¡Oh! Sí,—dijeron los gendarmes con un todo de broma cruel;—ha vivido bien; dejadle morir como ha vivido.»

El abate Lambert, hombre delicado y sensible, sufría interiormente al ver la poca destreza de su compañero, la grosería de los soldados y la humillacion del sentenciado. Se acercó al príncipe con aspecto respetuoso y compasivo. «Igualdad,—le dijo,—vengo aquí á ofrecerte los sacramentos, ó al ménos los consuelos de un ministro del cielo. ¿Quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que se compadece de tí sinceramente?» «¿Quién eres tú?»—respondió endulzando su fisonomía el duque de Orleans. «Soy—repuso el sacerdote—el vicario general del obispo de Paris. Si tú no quieres mi ministerio como sacerdote, ¿puedo prestarte como hombre algun servicio al lado de tu mujer y de tu familia?» «No,—replicó el duque de Orleans;—te doy gracias; no quiero que nadie vea en mi conciencia sino yo; no tengo necesidad más que de mí mismo para morir como buen ciudadano.» Se hizo traer el desayuno, comiendo y bebiendo con apetito, pero no hasta embriagarse. Un miembro del tribunal vino á preguntarle si tenia algunas revelaciones que hacer en interes de la república. «Si yo hubiera sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria,—respondió,—no hubiera esperado hasta esta hora para decirlo. Además, no llevo ningun resentimiento contra el tribunal, ni áun contra la Convencion y los patriotas: no son ellos los que quieren mi muerte; viene de más alto...» Y calló.

## VI

A las tres de la tarde fueron á buscarle para llevarle al cadalso. Los presos de la Conserjería, casi todos enemigos del papel y del nombre del duque de Orleans en la revolucion, se apiñaban en los patios, en los corredores y en las puertas para verle pasar. Iba escoltado por seis gendarmes con los sables en la mano. Por su aspecto, por su actitud, por la altivez de su frente y por la energía de su paso sobre el pavimento, se le hubiera tomado más bien por un soldado marchando al combate, que por un sentenciado á quien se conduce al suplicio. El abate Lothringer subió con él y otros tres sentenciados en la misma carreta. Algunos escuadrones de gendarmería formaban la escolta. El carro rodaba lentamente. Todas las miradas buscaban al príncipe, los unos como una venganza, y los otros como una expiacion. Nunca tuvo como en este dia terrible la dignidad y la nobleza de su rango: se habia convertido otra vez en príncipe por el sentimiento de morir como ciudadano. Llevaba con orgullo la cabeza, dirigiendo con toda su libertad de espíritu miradas de indiferencia sobre la multitud, y separaba el oido de las exhortaciones del sacerdote, que no cesaba de molestarle. Una detencion por el piso de la calle, ó por un refinamiento de crueldad, hizo parar un momento la carreta en la plaza del Palacio Real, delante de su morada. «¿Por qué se detiene aquí?»—preguntó. «Es para hacerte contemplar tu palacio,—le respondió el eclesiástico.—Ya lo ves, el camino se acorta, el fin se acerca; piensa en tu conciencia y confiéstate.» El príncipe, sin responderle, miró largo rato las ventanas de aquella mansion, en donde habia fomentado todos los gérmenes de la revolucion, saboreado todos los desórdenes de su juventud y cultivado todos los lazos de la familia. La inscripcion

de *Propiedad nacional*, grabada en la puerta del Palacio Real en lugar de su escudo de armas, le hizo comprender que la república habia repartido sus despojos ántes de su muerte, y que aquellos techos y aquellos jardines no guarecerian ya ni áun á sus hijos. La imágen de la indigencia y de la proscripcion de su estirpe le hirió más que el hacha del verdugo. Inclínó la cabeza sobre el pecho, como si la tuviera ya desprendida del cuerpo, y miró hácia otro lado.

Continuó así abatido y mudo hasta la entrada de la plaza de la Revolucion por la calle Real. El aspecto de la multitud que llenaba la plaza, el redoble de las cajas que sonó á su aproximacion, le hicieron levantar la cabeza, por temor de que tomasen su tristeza por debilidad. El sacerdote continuaba instándole vivamente para que aceptase los auxilios de su ministerio. «Inclínate ante Dios y acúsate de tus faltas.» «¿Y puedo hacerlo en medio de esta multitud y de este ruido? ¿Es este lugar á propósito para arrepentirse ó para mostrar valor?»—respondió el príncipe. «Pues bien,—replicó el sacerdote,—confiéstate aquella falta



Los girondinos conducidos al cadalso.—Pág. 161.